El autor se pregunta en este artículo por el destino final de Lázaro, de Betania, protagonista destacado en el Evangelio según San Juan, ignorado por el resto de los evangelistas y apóstoles y del que nada cierto se sabe, aparte de algunas teorías legendarias.

Dibujo: "La resurrección de Lázaro" / Autor: Nicolas Poussin (1650) - British Museum

(**M. GARCÍA RUIZ***, 22/09/2015) | Betania era un pequeño pueblecito a las afueras de Jerusalén. En él vivía una familia formada por tres hermanos: Marta, María y Lázaro que, al parecer, mantenían una relación de amistad con Jesús de Nazaret ya que, al menos en tres ocasiones que han quedado registradas en los evangelios, se hospedó en su casa (cfr. Mat. 21: 17, Mar. 11: 1, 11, 12, Luc. 10:38, Jn. 11: 1).

El hecho relevante de esta relación la relata el evangelio de Juan 11: 38-44 que describe cómo Jesús da vida a Lázaro después de haber transcurrido cuatro días desde su muerte. Recordemos el relato:

"*Jesús, profundamente conmovido otra vez, vino al sepulcro. Era una cueva, y tenía una piedra puesta encima. Dijo Jesús: Quitad la piedra. María, la hermana del que había muerto, le dijo al Señor, hiede ya, porque es de cuatro días. Jesús le dijo: ¿No te he dicho que si crees, verás la gloria de Dios? Entonces quitaron la piedra de donde había sido puesto el muerto. Y Jesús, alzando los ojos a lo alto, dijo: Padre, gracias te doy por haberme oído. Yo sabía que siempre me oyes, pero lo dije por causa de la multitud que está alrededor, para que crean que tú me has enviado. Y habiendo ducho esto, clamó a grande voz: ¡Lázaro, ven fuera! Y el que había muerto salió, atadas las manos y los pies con vendas, y el rostro envuelto en un sudario. Jesús les dijo: Desatadle, y dejadle ir".*

Más adelante, en el capítulo 12, se hace referencia nuevamente a Lázaro ya resucitado, con ocasión de una nueva visita de Jesús a Betania. El hecho en sí de la resurrección de Lázaro, no tiene ninguna explicación racional. Entra dentro del terreno de los milagros, y los milagros se creen o no creen, pero no se explican con argumentos racionales. Ahora bien, puesto que la razón es un don natural concedido por Dios a los seres humanos con el propósito de que sea utilizada, hacemos un ejercicio de reflexión en torno al hecho narrado, planteando algunas interrogantes:

1. Entre todos los milagros referidos en los evangelios, ninguno alcanza la relevancia que tiene la resurrección de una persona que luego, aparentemente, convive de forma natural con los suyos.

2. El evangelio de Juan es el único que narra un acontecimiento tan relevante. Los sinópticos lo omiten. Incluso Lucas, cuando narra la visita de Jesús a Marta y María (Luc. 10: 38-42) menciona a las dos hermanas pero nada dice acerca de Lázaro, algo que no deja de extrañarnos, dada la preeminencia que tenía la figura masculina en la familia judía.

3. El evangelio de Juan fue escrito en torno al año 95 del siglo I. Los evangelios sinópticos a finales de la década de los 60. Se supone que la memoria histórica era mucho más nítida cuando sólo habían transcurrido algo más de seis lustros desde la muerte de Jesús que

cuando habían pasado casi setenta años.

4. Juan escribe su evangelio de contenido eminentemente teológico, en una época en la que la doctrina de la resurrección estaba siendo cuestionada seriamente por algunos sectores cristianos.

5. Ni Pablo, ni Pedro, ni Santiago, ni Juan, ni Lucas en la narración histórica de los Hechos, hacen mención alguna a un hecho tan sobresaliente; un milagro que debió causar una imborrable impresión tanto en sus discípulos como en el resto de testigos ya que, según apostilla el cuarto evangelio, “muchos de los judíos […] creyeron en él [Jesús]” (Jn. 11:45).

La figura de Lázaro, como la de otros personajes bíblicos escasamente descritos en el texto canónico, ha sido objeto de fabulaciones y leyendas muy variopintas, especialmente durante la oscura Edad Media, en la que se elaboraron las más insólitas especulaciones, entre otras que Lázaro pertenecía a una adinerada familia de la nobleza judía.

La tradición ortodoxa le sitúa huyendo de los judíos que querían matarle y se instaló en Chipre donde fue el primer obispo de la ciudad de Lárnaka (antigua Kition).

Otra tradición, en este caso occidental, le sitúa huyendo de Jerusalén con sus hermanas y otros discípulos, a raíz del martirio de Esteban, instalándose en Marsella, donde Lázaro se convirtió en el primer obispo de esa ciudad, y allí sería enterrado a raíz de su segunda muerte.

Claro que la fantasía no parece tener límites y, aparte de la supuesta tumba en Betania que sigue siendo hasta nuestros días lugar de peregrinaciones, está la de Chipre, sobre la que se levantó una iglesia bizantina, si bien sus reliquias se afirma que fueron trasladadas a Constantinopla, de donde fueron robadas por los cruzados y llevadas a Francia como botín de guerra, de donde finalmente desaparecieron.

Leyendas aparte, lo cierto es que nada se sabe de Lázaro fuera de la mención que se hace sobre su resurrección y la posterior cena, seis días después, a cuyos hechos hacen referencia los capítulos 11 y 12 del evangelio de Juan.

Autor: **Máximo García Ruiz***, Noviembre 2015.

© 2015 - Nota de Redacción: Las opiniones de los autores son estríctamente personales y no representan necesariamente la opinión o la línea editorial de Actualidad Evangélica.

***MÁXIMO GARCÍA RUIZ**, nacido en Madrid, es licenciado en Teología por la Universidad Bíblica Latinoamericana, licenciado en Sociología por la Universidad Pontificia de Salamanca y doctor en Teología por esa misma universidad. Profesor de Sociología y Religiones Comparadas en la Facultad de Teología de la Unión Evangélica Bautista de España (UEBE), en Alcobendas, Madrid y profesor invitado en otras instituciones. Pertenece a la Asociación de Teólogos Juan XXIII. Ha publicado numerosos artículos y estudios de investigación en diferentes revistas, diccionarios y anales universitarios y es autor de 24 libros, algunos de ellos en colaboración.*

{loadposition maxgarcia}